

Diapirismo

Texto: Cecilia Blanco y Elina Rodríguez

Diapiro,
un proceso geológico.
Materiales menos densos, más plásticos,
ascienden a través de capas duras
hasta emerger,
hasta transformar el relieve.
Una dinámica de redistribución de fuerzas,
un ajuste de tensiones que abre un pasaje.

Lo que emerge no conquista:
se acomoda al pulso vital.

El diapirismo es un ejercicio de plasticidad.
No se trata solo de lo que asciende,
sino de lo que cede para permitir el paso.
Es una práctica temporal
de quietud activa.
Es un atravesamiento del territorio,
un andar que se vuelve geología íntima,
un modo de activar los flujos,
de sentir cómo lo mineral
se vuelve afecto.

De la emergencia diapírica del Valle Salado de Añana,
-un impulso tectónico de hace más de
doscientos cincuenta millones de años-
afloran sal, yeso y arcilla:
materias blandas modeladas por la humedad.
La sal y el yeso pueden disolverse,
trazando un ciclo perpetuo
entre lo sólido y lo líquido.
La arcilla, en cambio,
es maleable:
cede y se endurece
al ritmo del agua.

Nuestros cuerpos son
formaciones geológicas:
masas sedimentadas de experiencias,
memorias, tensiones, afectos.
Son cuerpos arcillosos, vulnerables.
Cada roce, cada presión, cada flujo
deja una huella.
Son cuerpos que alojan las formas del mundo.
Son territorios de sal.
Bajo la piel,
las aguas se mueven con la cadencia
de un manantial antiguo.
Los riñones, los poros, las glándulas

son vertientes que regulan la riqueza hídrica
de un organismo que aún recuerda
haber sido mar.
Cada exudación,
cada lágrima,
es una salmuera biológica,
una exhalación del subsuelo corporal.

La huella de sudor
perdura en el salario:
palabra que cristaliza el rastro de la sal.
Antes que moneda,
la sal fue medida del esfuerzo corporal,
compensación por lo que el cuerpo exudaba en el trabajo.

Lo que exudamos demuestra también
que cuerpos y territorios
se vuelven conductores
cuando la humedad los atraviesa.
La humedad es la condición del vínculo.
Entre lo blando y lo cristalino,
lo orgánico y lo mineral,
se abre un campo de resonancias:
una conversación silenciosa
entre la sal que brota de los poros,
el yeso que se mueve al tacto,
la arcilla que se amolda,
y la sal que aflora de antiguos
fondos marinos petrificados.
Un afecto mineral
que recuerda que toda materia,
incluso la más dura,
también exhala.

Andamos.
Disponemos los cuerpos en paisajes desconocidos.
Extendemos la percepción
hasta hacer del paisaje una materia que nos constituye.
Hacemos del cuerpo un sismógrafo.

Recorremos más de catorce kilómetros a pie.
Nos dejamos afectar
por el movimiento vertical de la tierra
que no cesa.

Entre un mosaico de cultivos y bosques de quercíneas,
una extensión de suelo salino
emerge como una isla que fluctúa:
un paisaje de sal
entre el lago Caicedo Yuso y Arreo,
y el Valle Salado de Añana.
Geolocalización: 42°46'46"N 2°59'14"W

Caminamos a campo traviesa,
entre pastizales, terrenos cultivados y vacas.
Entre cardos, matorrales espinosos, encinas,
subimos hasta pisar suelo yesífero.
Geolocalización: 42°47'05"N 2°58'49"W

En estas dos geografías
practicamos el diapirismo.

En el salario:
dialogamos sobre una capa de escarcha de sal,
entre la presión del cuerpo y la salmuera que emerge.
Desjerarquizamos las capas superficiales.
Elevamos la arcilla sobre la sal,
en forma de palabras.
La adherimos a la piel,
como una capa dérmica.
Atendemos a la evaporación,
a la mutación de la materia
-agua, sal, arcilla-
en su determinación recíproca.

En terreno yesífero,
buscamos acomodar el cuerpo en las hendiduras del agua.
Dejamos que nuestros propios líquidos encuentren su cauce allí.
Sintonizamos una presión frágil en un suelo sin cohesión.
Pequeños derrumbes nos obligan a reacomodarnos,
mientras el polvo se adhiere a las ropas y a la piel.
Permanecemos en ese suelo blando,
de tonos cambiantes:
verdes, violáceos, marrones, grises, blancos.

Roce, derrumbe, fricción, sequedad, resbalón, raspón.
La piel se vuelve roca porosa.

Ajusta la sensibilidad a una frecuencia mineral.